

NOVELA PREMIADA

"Clamor Campesino", de Julián Padrón (1)

EL PREMIO ANUAL DE NOVELA para 1944, le fué recientemente adjudicado al libro de Julián Padrón "Clamor Campesino". (2).

El referido año 44 fué marcadamente pobre en producción novelística. Ni se escribieron muchas obras de ese género, ni ninguna de ellas alcanzó especial significación en nuestro movimiento literario.

La más voluminosa fué "Clamor Campesino". Se trata de un libro en 4º mayor, de 300 páginas y 45 capítulos, agrupados éstos en tres partes.

La obra aspira a cumplir una finalidad determinada y noble: exponer el problema agrario venezolano y su posible solución. El autor se entrega con afán y laboriosidad a escribir cuantos capítulos cree necesarios para abarcar tan extenso panorama. Pero las dimensiones de este panorama le resultaron superiores al esfuerzo concentrado en un solo libro, a pesar de darle 45 capítulos. Padrón quiso tomar el agua de muy arriba, y traerla hasta muy abajo; pero no calculó que entre esos dos extremos el recorrido no era cualquier cosa. Y la dimensión absorbió al escritor. Padrón se midió con un contrincante a quien creyó vencer y subyugar, pero la realidad ha probado que el enemigo fué superior y no quedó sometido.

Un tema de la envergadura del que se quiso exponer **novelísticamente** en "Clamor Campesino", reclama todo un dominio máximo de la técnica de la novela. Una capacidad de síntesis, de saber apretujar mucho en poco espacio, pero sin que se llegue al extremo de una producción árida, y descarnada, y carente de valor artístico.

(1) Julián Padrón nació en 1910, en el Estado Monagas. Cursó la carrera de Derecho en la Universidad Central, y se doctoró en 1935. Desde sus años de estudiante comenzó a trabajar en el periodismo. Ha colaborado en muchos diarios y revistas nacionales. Desempeñó en dos períodos la Presidencia de la Asociación de Escritores Venezolanos.

Tiene publicadas las siguientes obras: Novelas: "La Guaricha", Editorial Elite, Caracas, 1934; "Madrugada", Editorial Elite, Caracas, 1939; un libro de cuentos titulado "Candelas de verano", Editorial Elite, Caracas, 1937; dos obras para el teatro: "Fogata", 1938 y "Parásitas Negras", 1939; ambas, en los Cuadernos Literarios 1 y 14 respectivamente de la Asociación de Escritores Venezolanos.

(2) "Clamor Campesino", novela por Julián Padrón. Primera Edición, Caracas, Editorial Elite, 1944. 306 pp.

Son contados los escritores venezolanos, —sobre todo entre los que escriben ficción,— que poseen esa cualidad tan importante de la concisión. Se peca por exceso de facilidad, de llenar cuartillas a más y más; y se peca y castiga poco la producción que va a las prensas.

En "Clamor Campesino" apenas si un aspecto del problema agrario queda en cierto modo tratado novelísticamente. Este aspecto es el de las ambiciones y deseos de un hacendado del valle del Guapiche. Ese hacendado es el General Cuaima. Lo anterior a este período, —otro aspecto importantísimo del problema,— se relata aprisa y flojamente, fuera de toda forma novelística, en un sólo capítulo que a manera de historia nos informa de un pasado de gran dramatismo. Y de igual manera, el período posterior a la época de Cuaima y sus contemporáneos, —tercer importante y actual aspecto de nuestro agrarismo,— queda también reducido a 3 capítulos de puro recuento histórico que en forma académica nos va haciendo desde su mesa de trabajo un escritor que —en ese momento al menos—, mira el problema campesino a través de una ventana algo distante de la realidad.

Pero ese período, —el de Cuaima y su antagonista Solazo,— aunque logra acaparar la casi totalidad de los capítulos, no por ello adquiere sin embargo todo el relieve y dramatismo que era de esperarse. Y es que el autor se desparrama por mil episodios y ocurrencias; se va regando en páginas y más páginas, pero sin incorporar esos fragmentos de vida campesina a un todo definido, de estructura firme y determinada, para que resulte un conjunto con unidad de acción; un conjunto vigoroso, desarrollado con nitidez de pensamiento. Es difícil señalar en ese amontonamiento de capítulos, cuál es el pensamiento directivo de la novela **como tal novela**; no como tesis económico-social.

De esta falta de fijeza y claridad en el pensamiento central de la obra, proviene el que en parte se frustra la intención noble y aleccionadora que pudo guiar al autor al escribir su libro. Y al decir esto último, indicaremos también, de una vez, que es de todo punto inaceptable, —aun como recurso al cual se llega en el final de la obra,— la solución violenta que se da a las injusticias de Cuaima, mediante el saqueo e incendio de su Hacienda La Trinidad. Aun cuando fuera concebible la siguiente edad de oro que luego se predice para los pobres colo-

nos, aquel saqueo además de inmoral en sí y perjudicial para los mismos que se creen beneficiados, no puede presentarse como la manera propia de resolver el problema agrario en el país, que es la tesis en cuestión. Tal proceder, que a pesar de ir contra toda ética, pudiera en algún caso producir buenos resultados, —aunque ilícitos—, no puede aplicarse a toda la nación. ¿Quién va a creer que saqueando e incendiando todas las fincas y haciendas de dueños abusadores e injustos en todo el país, se daría la oportuna y justa solución al problema agrario?!

Es una lástima que tan extenso y tesoro trabajo haya de malograrse por falta de una cualidad esencial: la unidad. No hay unidad de acción, pues como antes apuntábamos, el autor se distrae y se disgrega en multitud de episodios y accidentes, los cuales en algún caso podrán ofrecer cierto interés particular, pero quedan sin el engranaje necesario para constituir un todo armónico. El hecho de que podríamos suprimir no pocos capítulos, sin que se notara luego su falta en el conjunto, prueba en parte la afirmación que dejamos asentada.

Ni tampoco se salva esa indispensable unidad, por medio del interés, o por medio del personaje central. Ni uno ni otro alcanzan tal relieve, que pudiera con justicia hacerse de uno de ellos el centro unificador de todos los elementos de la novela.

Pero lo que evidentemente más perjudica el valor novelístico de "**Clamar Campesino**" es el tono tan predominante de mero relato que se emplea en la mayoría de sus páginas. Aquí está el pecado de origen de la carencia de verdadera acción. Casi todo lo que sabemos de la vida caripeña, de sus moradores, de los personajes más importantes en el argumento que se nos ofrece, casi todo es el relato continuado, monótono y a veces hasta inartístico de Julián Padrón. Podría decirse que Padrón es el personaje único de su obra. Es injusto con sus propios personajes, pues apenas les deja lugar a que actúen ellos por sí mismos, a que se nos manifiesten libremente, sin necesidad de que otro — en el caso, Padrón—, nos hable por ellos. El verdadero novelista se comprueba serlo cuando crea personajes de tal vida y consistencia que ellos por sí mismos hablan y se mueven, sin que su creador los tenga que llevar de la mano todo el tiempo. Entonces el novelista sólo aparece en momentos indispensables de transiciones, enlaces, o cambios de decoración. De lo contrario, cuando el que más habla es el autor, su obra será

ensayo, o historia, o relación... , pero jamás novela! Añadamos otras observaciones a este mismo respecto.

Un análisis del libro nos lleva a la conclusión de que el personaje que parece más importante en la trama de la novela es el General Cuaima. Pues bien: sólo vemos a Cuaima presente, y actuando y hablando por sí mismo, escasamente en tres capítulos, de 45 que forman el libro. Dichos capítulos son: el 4 de la Primera parte; el 2 de la Segunda y el 11 de la Tercera. Fuera de esto, apenas hay otros cinco o seis capítulos donde momentáneamente aparece en persona dicho General. Todo lo demás que de él sabemos, es por los repetidos relatos de Padrón.

Peor caso ocurre con el antagonista de Cuaima, el justo y sensato Don Pedro Solazo, el dueño de la Hacienda "**Los Tres Muertos**". En toda la extensa novela, Pedro Solazo sólo aparece hablando y actuando personalmente en un breve pasaje de solos tres capítulos.

Al terminarse el libro, prácticamente casi todo lo que sabemos de dicho personaje, —y aun de sus dos activos hijos Manuel y Antonio,— es asimismo lo que la incansable pluma de Padrón nos ha ido diciendo.

De lo expuesto se deduce que es imposible que surja el dramatismo y el interés continuado, de un capítulo al otro, y a lo largo de toda la obra.

Y no creemos que la causa sea incapacidad del autor para hacer otra cosa. Porque hay momentos esporádicos en los que ha logrado algún capítulo con bastante vida y colorido, y donde la acción ha estado casi de un todo en manos de personajes de la novela. Tal sucede, por ejemplo, en capítulos como "**La Mata de Serpientes**", o "**Las Empresas de Musiú Arrasini**".

Ni ha sido más afortunado Padrón en los varios casos en que ha tenido que eliminar por muerte a alguno de sus personajes. Prescindamos del caso del buen Padre Juan, quien se metió en la empresa de descubrir un viejo camino de los españoles, a través de la intrincada selva. Casi al final de ese trabajo, nos informa Padrón, sin más aviso, que el Padre Juan murió de fiebre maligna en medio de la montaña.

Más sorprendente es el caso con que se va a precipitar el desenlace de la obra: la muerte de quien menos razón tenía para morir de manera tan inesperada: el generoso joven Manuel Solazo, hijo de Don Pedro. El lance sucede tan rápido, y se desarrolla con tan escaso arte, que deja necesariamente una impresión desagradable; no por el

lance en sí, sino por la manera como ocurre y se relata.

Pero la muerte que ocurre en forma más caprichosa es la del General Cuaima, cuando éste va huyendo por la selva a media noche, caballero en una mula y temblando de miedo por las apariciones misteriosas que ha topado. Por dos veces le han salido al paso unos hombres que cargan en un chinchorro a un herido, a quien cubren con la cobija roja; pero por tercera vez vuelve la aparición, y ahora la cobija es negra porque el herido ya ha muerto; en este momento la mula se ha espantado ante el espectáculo, ha dado un relincho y de un corcovo lanza por el precipicio de la montaña al General Cuaima, cuyo cuerpo rueda hasta estrellarse contra las piedras del río!

No negaremos que tal suceso es verosímil, pero en las circunstancias de la novela parece más el desenlace de un cuento para niños. Y siempre se hace un poco raro el que la mula presenciara impávida las dos primeras apariciones del macabro espectáculo, sin espantarse ni relinchar, y sólo la tercera vez, y al borde oportunísimo del precipicio, le ocurre la espantada de tan seguras consecuencias!

* * *

"**Clamor Campesino**" es un libro mal escrito. El arte literario queda en él reducido al minimum. Su único estilo es no tener ningún estilo. Contraste singular el que forma esta manera de escribir de Padrón, con la que usaba en sus primeros libros. En aquellos pecaba de casi conceptista, en la búsqueda de expresiones y figuras, las cuales si no siempre atinadas, delataban al menos un empeño en trabajar el escrito.

Pero ahora Padrón se entregó simplemente a llenar páginas, en las que a falta del verdadero carácter y sabor de novela, ni siquiera les queda el recurso de cautivar por lo exquisito del estilo o lo escogido del lenguaje. Peor aún, —y en esto no hay sino manifiesto descuido, o abuso de confianza—, esas páginas abundan en incorrecciones gramaticales imperdonables. Se repite a menudo el uso vicioso del gerundio; el **que** y algún otro pronombre están también varias veces o mal empleados o mal colocados; hay verbos usados con preposición equivocada. Finalmente, algunos párrafos carecen de todo sentido de construcción clara y precisa. Léase este ejemplo: "... Estos pájaros, que en otras noches oyó cantar entre el monte de la hacienda, sin hacer caso de ellos por el hábito de oírlos, adquirieron semejanza con su vida y con la

voz de su conciencia, que entre la oscuridad de la noche, en la soledad y el silencio de la montaña y ante el temor de que los campesinos vinieran detrás de sus huellas persiguiéndolo, se convertían en acusadoras voces humanas" (p. 267) Jerigonza de esta naturaleza no es escribir castellano, y menos en una novela pensada y corregida. Perdónenos el autor si somos severos, pero su nombre de escritor y el público para quien escribe, son dos cosas que deben exigirle más rigor consigo mismo, y no tener miedo de podar o rehacer lo que le brota de la pluma al primer intento.

* * *

Para no alargar mucho más estas notas, vamos a resumir algunas otras observaciones. "**Clamor campesino**" no es una obra limpia en lo que a moralidad se refiere. Contiene no pocas escenas lúbricas, relatos inmorales, alusiones groserísimas e indelicadas, e interjecciones vulgares. Tales cosas no llevan reproche alguno, antes se admiten como algo legítimo y hasta gracioso; sólo cuando se trata de Cuaima y los suyos, entonces llevan algún reparo por ser actos de violencia. No obstante lo dicho, en esta novela no llega Padrón a las crudezas y lubricidades que tanto se destacaban en sus anteriores obras.

Aunque hay ausencia casi total de fondo espiritual, hemos de agradecer al autor el haber sido bastante justo y bondadoso en la pintura que nos hace del Padre Juan.

Para concluir, repetiremos una idea apuntada más arriba: la intención noble del autor al escribir este libro, no ha logrado acertada realización, ya sea porque el tema en sí requería un enfoque y desarrollo mejor estudiado, ya porque Padrón confió demasiado en su propia habilidad, y en su conquistado nombre de novelista.

Alabamos un trabajo que indica afán y generosidad de escritor. Pero ante un premio de tanta significación como el obtenido por "**Clamor campesino**", — y por el cual efusivamente felicitamos a Julián Padrón—, hemos querido puntualizar sereno y objetivamente el mérito de dicho libro como novela. Reconocemos que nuestros comentarios no han sido halagüeños, pero han brotado al contacto independiente con la realidad de la obra. El gran crítico F. Balart decía con ocasión de una dura crítica a un artista, — y válganme sus palabras para escudar mi insignificante labor—: "Donde hay carne, se dan los azotes; lo demás es gastar en balde el tiempo y las disciplinas".

Pedro P. Barnola, S. J.